

Vicente Riva Palacio y la novela del siglo XIX

Vicente Riva Palacio and Nineteenth-Century Novel

Diana Geraldo*

Cecilia Colón (2012), *Dos siglos, una novela: Monja y casada, virgen y mártir*, México, UAM-Azcapotzalco, 138 pp.

La Universidad Autónoma Metropolitana publicó recientemente *Dos siglos, una novela: Monja y casada, virgen y mártir*, de la investigadora Cecilia Colón. En este libro, la autora ofrece un análisis novedoso de los personajes, a partir de la consideración de los distintos géneros novelísticos que intervienen en la construcción de esta novela — obra canónica, cumbre de la literatura mexicana del siglo XIX— tan estudiada y conocida de Vicente Riva Palacio.

El libro se compone de una introducción, dos capítulos y una extensa conclusión. En la Introducción se plantean, en síntesis, los temas principales del libro: el romanticismo en México, la construcción de los personajes, la complejidad genérica de la obra estudiada (novela de aventuras, novela histórica, novela de folletín, melodrama, etc.), y se proponen los distintos temas relativos al nacionalismo y la ideología, tan significativos en la definición de la literatura mexicana decimonónica. La organización del contenido se presenta en apartados breves que resumen una gran cantidad de información, de manera clara y concisa, en pocas páginas; por ello, este libro puede ser de provecho para estudiantes de literatura. Sin embargo, aunque considero que esta forma expositiva es útil para cierto tipo de lector, creo que a veces la investigación cae en la repetición y que, por eso, hay poca novedad en la exploración de términos teóricos, así como en la reflexión sobre el contexto en el que se produce la literatura mexicana del siglo XIX.

En la primera parte, titulada “El romanticismo”, Cecilia Colón rastrea el origen de esta corriente literaria. Su recorrido inicia en Europa y concluye con una reflexión sobre el impacto del romanticismo en las letras mexicanas. Para la investigadora, este periodo literario fue un detonante que propició el cambio de la sociedad y del creador, pues “el romanticismo tiene una trascendencia muy clara para la historia del mundo

*El Colegio de México

porque transforma por completo al ser humano; el concepto de vivir, de sentir, hasta de trabajar se modifica sustancialmente” (p. 29).

Uno de los apartados donde se percibe con mayor claridad el formato resumido del libro es “Características del romanticismo”; en él se señalan, en una numeración de puntos sucesivos, las características más conocidas de este movimiento. Como ya he apuntado, esta manera de condensar la información es un método provechoso para un lector escolar pero, al mismo tiempo, es poco propositivo, pues no se examinan o cuestionan dichas particularidades.

En el apartado “El romanticismo en México”, Colón explica la importancia de esta corriente literaria en el país. Anota, primero, las fechas en las que este movimiento llegó a América y, después, indica de qué manera los ideales de fraternidad, libertad e igualdad, pertenecientes a este fenómeno estético, repercutieron en la mentalidad de los creadores y de la sociedad mexicana. Para la investigadora, la guerra de Independencia forma parte de este ambiente en el que se estaban instaurando los conceptos de convivencia y gobierno que provenían del romanticismo europeo y que serían fundamentales para la literatura mexicana decimonónica. El repaso de este fenómeno en México es relevante, ya que le permite mostrar los antecedentes literarios de la obra de Riva Palacio; además, esta exploración ubica la novela en el contexto histórico de la novela mexicana, el cual después será pertinente para apreciar con mayor claridad la importancia y complejidad de la obra estudiada.

Asimismo, Colón indica que la búsqueda de una identidad es uno de los aspectos que mejor define a la literatura mexicana del siglo XIX, ya que “en México, la lucha por la Independencia había dejado un vacío de identidad” (p. 44); por esta razón, los intelectuales de la época trataron de subsanar esta carencia con la consolidación de una literatura nacional, puesto que para ellos tener una literatura propia significaba un primer paso para comenzar a pensar en un concepto de nación. En este apartado, Colón menciona a algunos autores del siglo XIX que, desde su momento, reflexionaban sobre la literatura. La autora señala la importancia de las asociaciones literarias, en donde escritores y políticos se reunían para discutir y reflexionar sobre las condiciones del país. El objetivo principal de estas reuniones era otorgarle a México una personalidad propia, que fuera útil para la unidad nacional. Todo este contexto planteado por la investigadora es importante para comprender la dinámica que tenían tanto los creadores como la literatura a mediados del siglo XIX, momento en el que surgió la narrativa de Riva Palacio y con el que tendrá fuertes vínculos.

En el último apartado de este primer capítulo, titulado “Las leyendas”, se expone la importancia que estas tenían en la literatura decimonónica. El punto más discutido es su pertinencia como un género literario que deriva de la estética romántica. En México, abundantes escritores mexicanos trabajaron este género; Vicente Riva Palacio fue uno de ellos, quien no solo publicó el libro *Tradiciones y leyendas mexicanas*—escrito en coautoría con Juan de Dios Peza—, sino que incluso las incorporó en sus novelas. Colón explica que las leyendas son importantes en la narrativa decimonónica, porque con ellas los escritores podían rescatar un mundo de tradiciones y fantasías orales al que deseaban otorgarle una nueva forma de conservación en escritura. En efecto, esta representación escritural fue considerada por los autores como el medio idóneo para que las leyendas pudieran seguir enseñando una visión de mundo que, en última instancia, remitía a la historia y a las tradiciones nacionales de México. El aspecto más destacado en la revisión propuesta por Colón es, precisamente, esta recuperación de la eficacia y el valor que tenían las leyendas como una construcción literaria que conservaba y difundía la identidad y las tradiciones populares.

El segundo capítulo del libro se titula “Análisis de *Monja y casada, virgen y mártir*”. Este es, sin duda, el mejor apartado del libro, no solo porque es mucho más propositivo y novedoso que el primero, sino porque presenta también un análisis con citas puntuales del texto, algo que faltaba en la parte inicial. Todo el capítulo está dividido en pequeños fragmentos, cada uno dedicado a un aspecto de la novela. Lo que destaca, de entrada, es que la investigadora tomó en consideración las líneas genéricas más importantes de la obra: la novela histórica, la novela de aventuras, la novela de folletín y el melodrama. De todos estos, el subgénero novelístico mejor aprovechado fue el de la novela de aventuras, porque solo se anotan datos, sin ofrecer un análisis, aunque es importante apuntar que en algunos de ellos hay una buena descripción de las características de cada subgénero; por ejemplo, Colón examina las particularidades de la novela histórica, dialoga un poco con la crítica y recupera la aportación fundamental de esta construcción: brindar al lector una nueva representación del pasado.

Sobre la falsedad o la imprecisión de lo expuesto, la estudiosa señala que no es lo principal, pues la esencia de la novela histórica es ofrecer una lectura del pasado, mediante un formato novelístico, que no necesariamente tiene que mostrar “objetividad histórica”, puesto que su aportación es meritoria porque “abre la puerta para escudriñar esos rincones de la historia que presenta como una posibilidad en medio de la verdad” (p. 69).

De la parte correspondiente al análisis, quiero señalar solo dos apartados que, en mi opinión, son los más valiosos de todo el libro. El primero de ellos se titula “La novela de aventuras”. Colón afirma que *Monja y casada, virgen y mártir* se apega a este género literario, ya que la aventura es uno de los recursos más importantes del texto de Riva Palacio. Los detalles que Colón encuentra en la novela, relativos a este género, son: los escenarios nocturnos y misteriosos que propician la acción; la descripción de los ambientes populares; el hecho de que las aventuras pongan a prueba a los protagonistas; el destino como una de las aventuras más destacadas; los disfraces, las máscaras y los pseudónimos como elementos que refuerzan el misterio y contribuyen al suspenso; los encuentros casuales y las resoluciones fortuitas; una ambientación teatral, lo que genera mayor cantidad de aventuras. Colón explica que los lugares son importantes para la acción, como las calles, que representan el espacio abierto, y las habitaciones (el convento, por ejemplo), que figuran el espacio cerrado. Como buena novela de aventuras, propone un buen balance entre diálogo y acción; y, finalmente, la velocidad de la trama se construye en relación con la ilación de aventuras. La investigadora señala que las peripecias son el requisito necesario de este tipo de novelas y que, por este motivo, el final no es lo más interesante, sino el desarrollo de las acciones.

Cada uno de estos rasgos es explicado con una cita del texto o con la descripción de un personaje, dando con este análisis una lectura muy detallada de la novela. El resultado de dicha exploración pone de manifiesto que la obra de Riva Palacio es rica en recursos, y que tanto sus personajes como sus escenarios están pensados no solo para cumplir una función —la de la enseñanza ideológica—, sino también como parte de una composición novelística, la de la novela de aventuras, que Riva Palacio obtuvo de los narradores de su época.

Colón relaciona la novela de Riva Palacio con Dumas, en lo relativo a la novela de aventuras, y con Walter Scott, respecto de la novela histórica. El aporte principal de este apartado es que logra delinear un perfil más de la faceta novelística de Riva Palacio: su vínculo con la tradición novelística de aventuras y con la literatura europea de su momento.

En lo referido a la sección sobre los personajes, conviene precisar que, de todo el libro, es el análisis que ofrece un mayor aporte. La autora propone un estudio muy novedoso, en el que primero explica la construcción típica de los personajes románticos y, después, indica de qué manera, en algunos de ellos, se elabora una representación simbólica o se establece un vínculo con algunos elementos simbólicos, que en unos casos responden al melodrama, mientras que en otros se oponen justamente a la construcción

melodramática. El objetivo de esta lectura es evidenciar que muchos rasgos y acciones de los personajes no están tan estereotipados como la mayor parte de la crítica especializada ha apuntado.

Colón centra su análisis en dos mujeres (Blanca y Luisa), pues considera que ambos personajes representan las dos caras de una misma medalla, es decir, dos imágenes opuestas de un mismo personaje visto a través de un espejo: Blanca es la *femme fragile* y Luisa la *femme fatale*. Respecto de Blanca, protagonista de la novela, Colón anota que personifica el ideal romántico de la mujer pura, ingenua, casi una diosa en belleza, en perfección, en su sentido de inalcanzable y, al mismo tiempo, seductora e inspiradora de sentimientos.

Al lado de las características mencionadas, también se encuentra una serie de símbolos que permite observar que la obra de Riva Palacio va más allá del simple ideal romántico del amor; por ejemplo, Colón considera que el cabello negro de Blanca representa un símbolo de belleza, pasión, erotismo y seducción que se esconde bajo el atuendo de monja del personaje. El cabello, además, es un elemento fetichista y sensual que contrasta con la castidad del convento y del hábito, que representan la prisión, así como la cancelación de la posibilidad de amar. El espejo en el que Blanca se observa, escondida en su cuarto, también es un símbolo importante en la novela, porque representa la búsqueda del otro, de una imagen deseada, pero imposible, y, al mismo tiempo, para el personaje es una especie de cómplice con el que puede expresar sus deseos más íntimos y secretos, liberar su vanidad y sus sentimientos, así como reflejar su alma y mostrar al verdadero individuo que se oculta bajo el hábito: una mujer que desea amar y ser amada. Para Colón, esta serie de símbolos demuestran que la construcción del personaje no es estereotípica.

En cambio, Luisa simboliza la versión contraria del personaje romántico encarnado por Blanca: es una mulata, de origen pobre, seductora, traicionera, ambiciosa y libre en todos los aspectos que Blanca tiene prohibidos. Representa el lado oscuro, en oposición a Blanca, quien personifica el lado blanco y virginal. La novedad del estudio de Colón radica en que considera que tampoco Luisa responde por completo a la construcción estereotípica del villano melodramático.

La investigadora apunta los rasgos en los que Luisa coincide con el melodrama; por ejemplo, en el hecho de que mientras fue mala todo le salió bien, pero cuando comenzó a actuar como una mujer buena todo le salió mal; su castigo final también responde a la construcción melodramática en la que era común castigar las maldades.

El final trágico es un vínculo entre Luisa y Blanca, puesto que ambas son castigadas por tomar decisiones contrarias a su posición de mujer. Colón explica este aspecto como la naturaleza femenina de los personajes. En la novela, estas mujeres actuaron de manera

opuesta a la que socialmente se esperaba de ellas: ambas fueron rebeldes, inconformes, aguerridas y apasionadas en sus acciones.

Colón define los personajes como dos polos opuestos, pero al mismo tiempo semejantes. Al respecto, indica que Blanca, como Luisa, también posee deseos, sensualidades e instintos que la impulsan a amar, pero que Luisa, en oposición a la protagonista, las muestra desde el principio de la novela, pues ella no está reprimida por la educación y la familia. Los momentos de exaltación de la bondad y de la sensualidad son, en opinión de Colón, episodios donde se puede ver a los personajes en un plano más humano y menos estereotipado, pues estas exaltaciones de sentimientos y deseos no responden completamente a la personificación idealizada de la mujer propuesta por el romanticismo, sino a una mujer más humana y, quizá, más cercana a las lectoras decimonónicas que leían el texto en su momento de publicación.

Todos los elementos antes mencionados muestran que la novela de Riva Palacio ofrece todavía muchos aspectos y ángulos críticos que merecen ser explorados; dos de ellos, según la propuesta de lectura de Colón, son la construcción de los personajes y la superposición de los distintos géneros que intervienen en la elaboración del texto; y si su investigación tiene carencias o apartados poco propositivos, posee en cambio el mérito de ser novedosa en su análisis de los personajes, en el que siempre tomó en consideración las propuestas previas de la crítica especializada en la novela mexicana del siglo XIX, y ese también es un acierto de su trabajo, por lo que contribuye a los estudios sobre la novelística de Riva Palacio reflexionando acerca de una línea de investigación poco atendida hasta ahora por la crítica.